

tíamos sobre nosotros un peso abrumador. Nos parecía haber presenciado el desarrollo de una tragedia griega, en que la fuerza sugestionadora del *anarke*, el sino, va trayendo, poco a poco, la catástrofe. Para orear el espíritu, don Crisóstomo volvió a echar un chorrito de agua de Seltz en su *vermouth*.

JOSÉ MARÍA PEMAN

¿UN NUEVO IDIOMA CASTELLANO?

Hay un nuevo idioma castellano? Nos hacemos esta pregunta ante un opúsculo que acaba de publicar don Ventura García Calderón. Originariamente fue una *Carta abierta* dirigida al hispanista inglés Fitzmaurice-Kelly, recientemente muerto para desgracia de la difusión de nuestra literatura en los países anglo-sajones y en otros donde sus manuales fueron traducidos y estudiados, sin excluir España, que siempre ha tenido en el extranjero numerosos y excelentes historiadores y críticos literarios, como Ticknor, Shack (de nuestro teatro) y el propio Kelly, para sólo mencionar algunos de los generales.

Fitzmaurice-Kelly calificó a Ventura García Calderón de «maestro de rápido estilo afrancesado.» El reproche, si lo era, carecía de importancia, y probablemente no lo era, sino indirecta alabanza, como supone el señor Sanín Cano en una carta que también se incluye en el folleto, pues nada más distante de los gustos del hispanista británico como este estilo adiposo y desmedulado en que fue decayendo la literatura castellana y que para muchos sigue siendo la quintaesencia y el arquetipo del bien escribir. Pero Ventura García Calderón—que pertenece a una ilustre familia de escri-

tores peruanos—siente y conoce como pocos hombres de letras hispánicos la españolidad de nuestra lengua común y no quiso dejar sin una ardiente réplica apologética las equívocas palabras de Kelly. Su defensa, publicada primero en francés, en una revista de París, aparece ahora en nuestra lengua con el título de *El Nuevo Idioma Castellano* (Mundo Latino). Es un trabajo lleno de vivaces sugerencias—embrión, según nos anuncia, de un futuro libro que ya esperamos con impaciencia—que trasciende de una polémica puramente personal y toca cuestiones de perenne interés para cuantos se preocupan de la forma del lenguaje, sea el español u otro cualquiera. No será, pues, inoportuno comentarlo.

Tres problemas principales se derraman, sin sistematizarse, pero no sin fuerza ni claridad, en el enjundioso, aunque breve ensayo de García Calderón. El primero alude a los derechos de una lengua, sea cual fuere, a enriquecer su caudal con vocablos y giros extraños. En rigor esto cae fuera del derecho lingüístico. Es un hecho filológico-biológico que se da constantemente, como que es la historia natural de todos los idiomas, formados por la corrupción evolutiva y creadora de los originales, que a su vez nacieron y crecieron de una deformación vital de otros precedentes, sin que las Academias ni otras aduanas del purismo hayan podido hacer nunca, contra esas elaboraciones populares ocultas de las lenguas, otra cosa que el ridículo, en su más alto grado, como es la alianza del absurdo con la impotencia. A nadie se le ocurre en España, en nombre del casticismo, tratar de imponer como leguminosa obligatoria el garbanzo u otra materia alimenticia propia de nuestra tierra, aunque mejor será no investigar sus orígenes, para no sufrir, a lo mejor, acerbos desengaños nacionalistas. El lenguaje, como la fisiología, ne-

cesita una nutrición internacional. Esto no se discute. Sólo algunas momias académicas, cuando de tarde en tarde se agitan galvánicamente, con una simulación de vida, pueden indignarse porque los idiomas se transformen. Otro tanto les ocurriría a las momias faraónicas si pudieran levantar cabeza y ver el Egipto contemporáneo, convertido en tierra de provechoso turismo, precisamente por la añagaza de esas mismas venerables reliquias milenarias, un día terror de pueblos y hoy apenas pasmo de arqueólogos y de tal o cual millonario yanqui, que acaso acude al Valle de los Reyes a adquirir útiles enseñanzas sobre la duración de los embalsamientos, para aplicarlas en su país a la industria de las carnes en conserva.

Pero la incorporación de neologismos a una lengua, ¿puede ser ilimitada? Esta pregunta, claro está, sólo puede formularse desde el punto de vista parcial de un idioma, en este caso el español. Desde el punto de vista de otro que se esté formando por desarticulación del primero, el problema no tendría sentido. Precisemos un poco más. El castellano ha recibido en estos últimos años numerosos neologismos, que corresponden a técnicas, deportes, fenómenos políticos y sociales de típico origen extranjero, extendidos luego a España. Con la introducción del hecho exótico se ha adoptado la palabra exótica, porque no había ninguna española equivalente. Algunos han pretendido sustituirlas con sinónimos españoles. Pero cuando la palabra es exacta no tiene sustitución posible. El lenguaje de sinónimos es como el tiro de perdigonada, no el de la bala única que busca el blanco. Se quiso, por ejemplo, decir *asamblea* en vez de *meeting* ya castellanizado en *mitin*; pero no cuajó el intento, porque *asamblea* era un vocablo demasiado genérico para expresar el hecho específico—

una reunión pública, no oficial, casi siempre de carácter social o político, predominante obrero, en la acepción española, mucho más restringida por la inglesa—que designa la palabra *mitin*. Otros quisieron traducir los neologismos, como *foot-ball*, que ya se dice fútbol, tal como se pronuncia en inglés, por balompié, lo que era un disparate porque *foot-ball*—de *foot*, pie, en genitivo, y *ball*, pelota o balón, en nominativo—significa pelota o balón de pie y habría que decir pedibalón, como se dice pedicuro y pediluvio, pero no balompié, que es una construcción absurda, y o no tiene sentido o sólo puede significar pie de balón como palma o en forma de palma. Pero el pueblo, con muy buen acuerdo, no dice balompié ni pedi-balón, sino fútbol, y ya, en muchos casos, fútbol. Los neologismos son intraducibles. Por muy académico o purista que se sea, a nadie se le ha ocurrido reemplazar monarquía por unigobierno.

Sin embargo, no puede negarse que hay extranjerismos innecesarios, como *amateur* (aficionado), *causerie* (charla o plática), *sportman* (deportista), *grillroom* (comedor), *Leimotiv* (motivo principal), y muchos otros que por simple pedantería lingüística y menosprecio u olvido del propio idioma, oímos o vemos frecuentemente en boca o en pluma de algunos extranjarparlantes. Otros neologismos, en fuerza de deformarse, acaban en verdaderos desatinos, ultraje del buen gusto fonético, como la palabra *control*, muy útil y ya aceptada por nuestra lengua que los argentinos desfiguran en contralor.

El neologismo tiene una ley: la necesidad, y tanto el que no la cumple por gazmoñería purista como el que la cumple abusivamente por afectación o por dejadez de la propia lengua, atentan contra el principio vital de su idioma, porque si el uno trata de petrificarlo, convirtiéndolo en un organismo inmutable, muerto, el otro contribuye a disolverlo.

Bien hacen Ventura García Calderón y cuantos sostienen la necesidad de mantener vivo el castellano, en

combatir contra los petrificadores de acá, contra los académicos y academizantes que aspiran a enterrarlo en sepulcros inviolables como los faraónicos, y a ser sus guardianes públicos y no siempre meramente honoríficos. (La industria de academicismo suele ser una de las más fructíferas). Pero, ¿qué hacer con los otros, con los que en América, sobre todo, desnaturalizan radicalmente el castellano? El neologismo apenas es problema en España; pero lo es, y muy agudo, en casi toda la América hispánica. Problema—esto es lo que quería precisar—para nosotros, los españoles y los escritores americanos que, como García Calderón, proclaman su fidelidad al idioma común de origen y algunos, como él, incluso su *furia española*. Para los otros no es problema. Si un argentino o un chileno o un cubano quieren formar una lengua que no se parezca a la española más que la española o la francesa al latín, está en su derecho. Contra eso, acaso no se pueda hacer nada, como nada pudieron hacer los romanos contra la formación de las lenguas romances. Pero si se pudiera, ¿convendría intentar evitarlo o no en nombre de la común cultura hispánica? Este es nuestro gran problema lingüístico. Preocupa a algunos poderes públicos americanos—a los de la Argentina, señaladamente,—a muchos escritores americanos que quieren un idioma más nuevo, pero no distinto del español, y algunos escritores de España.

Seguramente le preocupa también al propio García Calderón. Y si le preocupa como estoy convencido, ¿que cree él que podemos hacer entre todos? ¿O cree que no se puede hacer nada?

Mientras nos da a conocer su opinión, tan valiosa, seguiremos otro día comentando los otros problemas, no menos interesantes que éste, que suscita su opúsculo.

LUIS ARAQUISTAIN

Madrid, 1924.